

Las dispuestas



a todo...

Mujeres hondureñas en Tapachula

Carmen Fernández **Y**en eso que vienen llegando varios taxis y rodean a esa cantina. Se bajan las mujeres –las esposas de los que estaban ahí en el bar–, era una plebe de hombres. Se bajan las mujeres y empiezan a gritarle a las hondureñas... eran hondureñas, nada más que vivían ahí. Y empiezan a gritarles “hijas de no sé qué tanto” y que son unas muertas de hambre, y todo eso les venían a gritar a ellas... Salieron desgreñadas ahí en medio de la calle. Que hasta llegaron policías y se las llevaron detenidas, a ambas, hondureñas y mexicanas revueltas (Narración de la empleada de una caseta telefónica en Tapachula, Chiapas, mayo, 2009).

Durante el trabajo de campo para mi tesis de doctorado, en aquellas épocas en que el tren aún cruzaba la ciudad de Tapachula, Chiapas, antes de la devastación de la región con el huracán Stan, pasé un largo periodo viviendo y trabajando como voluntaria en un albergue para migrantes en tránsito. Mientras picaba chayotes y papas, principal actividad a la que me dediqué durante esa estancia en el albergue, escuché a una empleada aconsejar a un par de jóvenes solicitantes de refugio que se cuidaran de las mujeres centroamericanas que viajaban al norte, pues las mujeres capaces de dejar su casa y a sus hijos e irse lejos, estaban dispuestas a todo... y se podía esperar cualquier cosa de ellas.

Ante mi asombro por lo que estaba escuchando, lo único que me quedó por hacer fue seguir picando con la mirada fija en el cuchillo y los trozos de verdura; no podía creer que alguien que se dedicaba a apoyar a las y los migrantes pudiera tener una imagen tan negativa y prejuiciosa de las mujeres que deciden irse lejos buscando una mejor vida para ellas y sus familias.

Años más tarde, ya trabajando en la Unidad Tapachula de El Colegio de la Frontera Sur, pude constatar que el sentir de aquella mujer –que sin duda luchaba día con día en contra de sus propios prejuicios– es lugar común en esta entidad urbana a la que llaman “la perla del Soconusco”. Las personas extranjeras, en particular las mujeres de origen hondureño, son consideradas una amenaza por su belleza exótica y su moral relajada. En el imaginario de la población local, estas mujeres van por su paso “quitando maridos” y destruyendo hogares; los hombres sucumben a sus encantos sin remedio... algo así como los marineros de Ulises con el canto de las sirenas.

¿Quiénes son estas mujeres?

Allá se escucha mucho de Estados Unidos, que en Estados Unidos se gana más, y uno se imagina que todo es fácil, no cuesta tanto pasar, y pues decidimos venirnos con mi hermana la mayor [...]. A mí primero me tra-

jo el pollero; yo pensé que ella iba a venir pero no, me dejó acá y ella se regresó y no me dijo nada... Me acuerdo que esa vez en la terminal Cristóbal Colón, ahí pasé la noche, y al día siguiente, pues me dicen que mi hermana ya no viene, que se regresó, y sí se siente feo porque nunca había salido de la casa nunca, pues, nunca... Me acuerdo cómo le pedí esa vez a Dios y le dije que me diera un trabajo porque yo, hasta aquí gracias a Dios nunca trabajé en casas, y le digo yo; así aunque sea en casas pero que me diera esa oportunidad... Caminé y caminé sin saber dónde y llegué a un caseta. (Amanda, hondureña residente en Tapachula, mayo, 2009).

Lo cierto es que las mujeres de origen hondureño ni van por la vida buscando quitar maridos ni son necesariamente bellezas exóticas, y mucho menos tienen un canto de sirena que hipnotice a los “pobres e inocentes” hombres. Por el contrario, son mujeres valientes que decidieron dejar su casa en busca de una mejor vida. Cuando salieron de Honduras, algunas eran solteras, otras unidas, unas tenían hijos, otras no; en ocasiones venían huyendo de violencia intrafamiliar y también a causa de la violencia que se vive en su país. Unas tenían la intención de seguir hasta Estados Unidos y otras llegaron a Tapachula buscando un empleo que



les permitiera poder enviar dinero a sus familiares.

Aun cuando hay hombres y mujeres hondureños viviendo en esta ciudad,¹ el número de mujeres es relativamente mayor. Esto se podría explicar por distintas razones: en primer lugar, muchas tuvieron que dejar a sus hijos en Honduras, y vivir en Tapachula les facilita mantener lazos estrechos con ellos mediante visitas, e incluso pueden considerar traerlos consigo una vez que tengan una situación más estable en México. En segundo lugar, la decisión de no seguir el camino hacia el norte y quedarse en la frontera sur, en este caso en Tapachula, se debe en gran medida a que el tránsito por México siendo migrante indocumentado es sumamente peligroso, más siendo mujer. En tercer lugar, Tapachula ofrece una relativa facilidad para encontrar empleos considerados usualmente "para mujeres", por ejemplo, como meseras en centros botaneros, limpiando o cuidando niños.

Me doy cuenta de que muchas de ellas se unen sentimentalmente con mexicanos o en menor medida con otros extranjeros, y con ellos procrean hijos ya nacidos en territorio nacional. Las he podido observar en el comercio ambulante vendiendo distintos productos, en puestos de mer-

¹ A quienes les interese conocer más sobre la migración de hondureños a Tapachula, les recomendamos leer una entrevista con Carmen Fernández, autora de este artículo, publicada en la revista Ecofronteras 40. Disponible en el portal de ECOSUR: www.ecosur.mx

cado o en pequeños locales; laborando en diversos establecimientos (hostales o tiendas), haciendo limpieza o atendiendo clientes; de igual modo, trabajando en bares, en los cuales, la gran mayoría de las empleadas son centroamericanas y más de la mitad, hondureñas.

Es común que las mujeres cambien de actividad a lo largo de su estancia en la ciudad, lo cual habla de lo inestable de la oferta laboral a la que tienen acceso. Esta inestabilidad y lo limitado de los salarios que obtienen, las obliga en ocasiones a dedicarse a más de una actividad. Además, aquellas que se consideran amas de casa suelen contar con “una ayudita” para apoyar en los gastos. En general logran ganar lo suficiente para sobrevivir; las menos, también pueden hacer envíos regulares de dinero a Honduras.

Con papeles y sin papeles

...él se quedó así que no trató de arreglar mis papeles porque pensó que yo me iba a ir algún día, pensó que yo sólo iba estar un tiempo y me iba a ir, pero más no sabía él, no conocía mis sentimientos que yo soy diferente (Doña Mariana, hondureña residente en Tapachula, noviembre, 2009).

Un buen número de las mujeres hondureñas en Tapachula viven indocumentadas porque nunca han intentado arreglar sus papeles, porque abandonaron el trámite para solicitarlos o porque se les ha vencido el documento migratorio y no lo han renovado. En esta aparente falta de interés suele haber miedo, escasa información y poco apoyo por parte de sus más allegados, como muestra el testimonio de doña Mariana, en el que claramente describe que su marido no quería ayudarla pues temía que ella se fuera de su lado y siguiera su camino “al norte”. El caso de las empleadas en bares es similar en cuanto a la falta de información sobre el procedimiento para tramitar documentos migratorios y la casi total ausencia de

Las mujeres de origen hondureño ni van por la vida buscando quitar maridos ni son necesariamente bellezas exóticas, y mucho menos tienen un canto de sirena que hipnotice a los “pobres e inocentes” hombres. Por el contrario, son mujeres valientes que decidieron dejar su casa en busca de una mejor vida.

apoyo por parte de sus parejas y empleadores, a quienes no les interesa que ellas obtengan derechos a través de una estancia legal.

Ésta es una situación que se ha agravado a partir de la existencia de la nueva Ley de Migración aprobada en 2011 y entrada en vigor el 9 noviembre de 2012. La ley tiene algunas ventajas, entre ellas la despenalización de la migración irregular y la atención al derecho al acceso a la salud y educación de personas inmigrantes, así como a la expedición de actas ante el Registro Civil, lo que beneficia de manera directa a las extranjeras que dan a luz en territorio mexicano y que en muchas ocasiones no registraban a sus hijos por no tener sus documentos en regla.

Sin embargo, de facto, la ley presenta restricciones a la reunificación familiar y a la adquisición de visas a quienes no tienen hijos mexicanos ni están unidas a un mexicano, y sobre todo, exige el pago de cuotas imposibles de cubrir para la gran mayoría de estas mujeres. Ante tal situación, la posibilidad de obtener documentos migratorios o mantenerlos vigentes se ha tornado cada vez más difícil.

La principal reacción ante las nuevas dificultades ha sido el miedo y la desconfianza hacia las autoridades migratorias; muchas mujeres han preferido no acercarse a la Oficina de Regularización Migratoria para pasar inadvertidas y no recibir un oficio en el cual se les invite a dejar el país en un plazo de 10 días. La aprobación y vigencia de la ley comienza a marcar cambios en la vida laboral y familiar de las hondureñas y la manera en cómo se relacionan con su entorno, con su lugar

de origen, con otros inmigrantes y con la población local.

Las dispuestas a todo y sus enseñanzas

Pues seguir, seguir luchando, seguir trabajando para los hijos, porque luego viene el estudio de los hijos, ellos están chiquitos y ya piden la carrera que quieren estudiar, yo digo... y el comprar un patio y hacer una casita y ya (María, hondureña residente de Tapachula, mayo, 2009).

Los testimonios de muchas mujeres hondureñas, luego de las largas narraciones sobre las dificultades que enfrentan día a día en Tapachula, los abusos y decepciones en su intento por migrar más lejos y la violencia sufrida en sus lugares de origen, están plagados de esperanza y son prueba palpable de su espíritu de lucha y su capacidad para buscar alternativas.

Pocas veces tengo la oportunidad de escribir un texto que se salga del guion académico, donde hay que argumentar con datos, confrontar autores y teorías y sobre todo, buscar ser lo más citado posible, así que escribir este artículo ha sido una oportunidad para expresar, desde mi sentir, lo que representan estas mujeres. Con ellas he aprendido a bailar “punta” (sin su ritmo, por supuesto) y a comer baleadas y sopa de mariscos con coco. Pero sobre todo, he aprendido lo que es ser “una mujer dispuesta a todo”, que en realidad significa ser una mujer valiente, capaz de resistir la adversidad, de adaptarse a situaciones distintas –como las que la nueva ley les presenta–, de buscarle la vuelta a los problemas y de pelear por alcanzar los sueños. 

Carmen Fernández es investigadora del Departamento de Sociedad, Cultura y Salud, ECOSUR Tapachula (cfernandez@ecosur.mx).